

FRANCISCO DE ASÍS Y LA PALABRA DE DIOS

Publicado en *Selecciones de Franciscanismo* XXXIV (2005) 81-95.

«Francesco d'Assisi e la Parola di Dio», en *Forma Sororum* 39 (2002) 190-210.

1. *ODORIFERA VERBA DOMINI MEI*: RESPIRAR LA PALABRA

Ciertamente Francisco de Asís no fue un hombre de letras, un erudito o un intelectual. Lo reconoció bastantes veces él mismo; y muchos estudiosos han subrayado con despiadada elegancia el hecho de calificarse a sí mismo como «ignorante e indocto» (CtaO 39).

Por tanto, fácilmente se podría suponer que tuviese reparo o sintiese humilde molestia por tomar en sus manos las Sagradas Escrituras. Un hombre que no había frecuentado la universidad o las bibliotecas monásticas, ¿cómo habría podido aclararse en medio de los artificios y las sutiles interpretaciones alegóricas, tropológicas o anagógicas que caracterizaban la exégesis medieval?¹ Incluso el simple estudio del así llamado «sentido literal» habría requerido un bagaje literario y lingüístico del que carecía el mercader asisiense.

Por los testimonios de las fuentes y también por el examen de los autógrafos se deduce fácilmente como el joven Francisco había aprendido de los canónigos de San Jorge tan sólo los rudimentos del leer y escribir latín, necesarios para la actividad mercantil. Ciertamente, no había realizado los estudios del *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) ni los del *quadrivium* (aritmética, geometría, música y astronomía). San Buenaventura, profesor en París, concede benévolamente que Francisco, «aunque era poco instruido,

¹ La lectura de la Escritura según su cuádruple sentido no caracteriza sólo un autor o una singular escuela teológica. Esto pertenece, según modalidades originales y estilos variados, a toda la tradición patristica y medieval. Formaba parte del patrimonio común de la fe de la Iglesia, de una aproximación a la Revelación que armonizaba la búsqueda de la perfección cristiana y el estudio teológico del texto sacro. Para la doctrina de los cuatro sentidos de la Escritura está siempre la magistral obra de H. DE LUBAC, *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Écriture*, Paris 1959.

perteneciendo ya a la Orden hizo progresos en su cultura, no sólo orando, sino también leyendo»². Evidentemente Buenaventura se refiere a los textos litúrgicos, de la Eucaristía y del Breviario, que Francisco utilizó durante muchos años, como los otros clérigos (cf. Test 18). De esta lectura resultó un cierto conocimiento de los textos de la Biblia y de los Padres de la Iglesia.

Sus escritos, en efecto, revelan trazos de la literatura patristica y monástica. Pero no derivados del estudio directo de las fuentes clásicas. Son más bien reminiscencias y reelaboraciones personales de los textos oídos durante la liturgia y asimilados en la meditación. Francisco vive simplemente en la gran corriente de la tradición teológica y litúrgica de la Iglesia, saboreando sus frutos.³

Creo que una búsqueda sobre las fuentes de la ciencia bíblica del santo de Asís nos llevaría fuera de nuestra pretensión. Si queremos comprender lo que la Escritura supuso en su vida y cómo fue el elemento maestro de su camino de santidad, no debemos conjeturar improbables comparaciones académicas.⁴ Francisco no ha «estudiado», si no que ha «vivido», la Escritura, *con simplicidad y pureza*, tal como declara haber escrito su *Regla*, que quiere ser sólo un eco del Evangelio.

Una reflexión atenta y sin prejuicios de su vida y sobre todo sobre sus escritos revela que Francisco fue un hombre totalmente inmerso en el mundo de la Escritura, hasta hacer de ella su ambiente vital. El inicio de su Carta a los Fieles revela este comportamiento profundamente existencial en relación con la Palabra de Dios:

«Puesto que soy siervo de todos, a todos estoy obligado a servir y a administrar las fragantes palabras de mi Señor. Por eso, considerando detenidamente que, dada la enfermedad y debilidad de mi cuerpo, no puedo visitaros personalmente a cada uno, me he propuesto hacerlos llegar, por medio de esta carta y de mensajeros, las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que es la Palabra del Padre, y las Palabras del Espíritu Santo, que *son espíritu y vida*» (2CtaF 2-3).

² SAN BONAVENTURA, «Lettera a un maestro non nominato su tre questioni», 10, en *Opere di San Bonaventura*, vol. XIV/ I, Città Nuova, Roma 1993,105.

³ Cf. P. MESSA, *Le fonti patristiche negli scritti di Francesco di Assisi*, Ed. Porziuncola, Assisi 1999.

⁴ Sobre las relaciones entre el estudio teológico de la Escritura y el primitivo mundo franciscano: G.L. PODESTA, *I francescani e la Bibbia nel '200*, Ed. Biblioteca Franciscana, Milano 1994.

¿Qué significa que las palabras del Espíritu Santo son «espíritu y vida»? En esta petición radica el núcleo más íntimo y básico de la relación que Francisco vive con la Escritura. Las palabras del Señor están *perfumadas* y Francisco está embriagado de su fragancia. Parece olerlas, como bálsamo que regenera la debilidad de su cuerpo. Estas son palabras del Verbo del Padre y palabras del Espíritu que las insufla donde quiere, como dador de vida. En el principio el Espíritu de Dios «aleteaba sobre las aguas» (Gn 1,2), preñado de fuerza creadora. En el germen de la humanidad el mismo Espíritu fue soplando por el sumo Artista en el hombre modelado de tierra, para convertirlo en un ser viviente y atraerlo a la aventura trinitaria:

«El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, le insufló en sus narices un hálito de vida y así el hombre llegó a ser un ser viviente» (Gn 2, 7).

Francisco no «estudia» la Escritura; aspira la palabra traída por el Espíritu para respirar la vida de Dios. La Palabra está impregnada del divino perfume porque es manifestación y seducción del eterno Verbo creador y porque es sopro del divino Espíritu, que transmite vida y amor al mundo. Al principio de su fe el hombre nuevo Francisco respira la fragancia del Espíritu que sopla la palabra de la nueva vida. Ante la Palabra, que le repite en fonemas humanos el Nombre de Dios, Francisco experimenta el estremecimiento de la nueva creación y vibra de castísimo amor al paso de Dios, que lo engendra como nueva criatura:

«No hay inteligencia humana que pueda entender lo que sentía cuando pronunciaba, santo Señor, tu nombre; aparecía todo él jubiloso, lleno de castísima alegría, como un hombre nuevo y del otro mundo. Por esto mismo, dondequiera se encontrase un escrito divino o humano, en el camino, en casa o sobre el suelo, lo recogía con grandísimo respeto y lo colocaba en lugar sagrado y decoroso, en atención a que pudiera estar escrito en él el nombre del Señor o algo relacionado con éste. Como un religioso le preguntara en cierta ocasión para qué recogía con tanta diligencia también los escritos de los paganos y aquellos en que no se contenía el nombre del Señor, respondió: "Hijo mío, porque en ellos hay letras con las que se compone el gloriosísimo, nombre del Señor Dios"» (1 Cel 82).

Todas las letras, pueden componer el Nombre de Dios y por lo tanto producir su presencia en el corazón de aquellos que las leen y acogen con fe. De la palabra escrita Francisco caso exprime pára sí esta vida, que antes sopla en el interior de la Trinidad, y que ahora, con inefable comunicación, es transmitida al

hombre, en el misterio adorable del Espíritu que sopla donde quiere. Y nace de lo alto (cf. Jn 3,3), moviéndose al unísono con los deseos de Dios.

PALABRA Y VIDA: LOS OJOS DEL ESPIRITU

No nos debe sorprender una aproximación a la Palabra de Dios tan sensorial y vital. Para nosotros modernos, familiares con la exégesis histórico-crítica de la Escritura, es siempre necesario recordar que la Iglesia antigua tenía una aproximación global al texto sacro, con una mayor referencia cristológica. No. Van Khanh, uno de los estudiosos que más profundamente ha estudiado la persona de Cristo en los escritos de Francisco, concluye así su reflexión sobre Francisco y la Palabra de Dios:

«La fe de Francisco nos parece similar a la de los Padres, para los cuales el Evangelio es Jesucristo venido, presente y comunicado. Creemos poder aplicar plenamente lo que Paul Evdokimov ha escrito de los Padres: “Leyendo la Biblia, los Padres leían no los textos, sino a Cristo viviente, y Cristo les hablaba. Se nutrían de la Palabra como del Pan y del Vino eucarísticos, y la Palabra se ofrecía a ellos con la profundidad de Cristo”.⁵

Hoy para nosotros la exégesis es a menudo sólo la comprensión de un texto escrito, obtenida con la aplicación de nuestra inteligencia y el recurso a las variadas disciplinas científicas. Los antiguos no recurrían sólo a la capacidad racional, sino que implicaban toda la potencialidad de la persona en el encuentro con Cristo, Verbo eterno y encarnado.

Los medievales, desarrollando la enseñanza de los Padres de la Iglesia, no buscaban en la Escritura sólo una verdad racional para formular, sino más bien perseguían una íntima participación en la vida de Dios. Para los Padres, sobre todo orientales, el verdadero teólogo a fin de cuentas era sólo el místico, que conocía a Dios por experiencia. La teología auténtica era el conocimiento experiencial de Dios; era la divinización del hombre, elevado a participar de la naturaleza divina. Juan, el discípulo a quien Jesús amaba, reclinado sobre el pecho del Señor (cf. Jn 13,25), era el prototipo del verdadero teólogo:

⁵ N. NGYEN-VAN-KHAHN, *Cristo en el pensamiento de Francisco de Asís, según sus escritos*, Ed. Franciscana Aránzazu, Madrid 1986,188.

«(El) Pecho del Señor es el conocimiento de Dios: el que está recostado en el mismo será teólogo»⁶.

La relación con Dios permitía y exigía un ejercicio completo de toda la potencialidad del espíritu humano. Nada de cuanto es auténticamente humano permanecía excluido de la comunión con Dios. Los Padres de la Iglesia y los autores medievales sabían verdaderamente desarrollar una verdadera y propia doctrina del «sentido espiritual», que expresaba, en términos bíblicos y antropológicos, el compromiso de toda la persona en la relación con Dios. Entre los teólogos franciscanos el vértice de este tipo de reflexión será alcanzado por san Buenaventura.⁷ Según esta doctrina a una sensibilidad externa y material corresponde una sensibilidad espiritual, que recompone en la unidad de la relación con Dios los diversos aspectos de la persona. El deseo de conocer a Dios es en realidad un deseo de comunión total de vida. El conocimiento y el amor de Él, en la experiencia mística, se funden y sostienen recíprocamente. Desde san Gregorio Magno en adelante está claro que «el amor mismo es conocimiento»⁸ y que nosotros «conocemos a Dios por medio del amor».⁹ Orígenes, que está considerado el iniciador de la doctrina de los sentidos espirituales, había descrito todo lo que de global y concorde aportan los diversos sentidos del alma en el conocimiento de Cristo, Palabra de Vida:

«Cristo viene instruido de todo sentido del alma. Él se califica como la verdadera luz que ilumina los ojos del alma. Se define Palabra, para ser escuchado; Pan de la vida, para ser saboreado. De la misma manera es llamado aceite para ungir y nardo para que el alma goce del buen olor del Logos. Él se ha convertido en Palabra encarnada que se puede palpar y captar, para que el hombre interior acoja la Palabra de vida. La misma Palabra de Dios es todo esto, lo transforma a través de una plegaria ferviente, no deja ninguno de estos sentidos espirituales sin gracia.»¹⁰

⁶ EVRAGIO PONTINO, «Ai monaci» 120, in *Per conoscere lui*, a cura di P. Bettolo, Ed. Qiqajon, Torino 1996, 158.

⁷ Para un profundo y sabio tratamiento del desarrollo de la doctrina de los sentidos espirituales, desde sus inicios en Orígenes hasta su elaboración en el pensamiento de san Buenaventura, véase: F.M. TEDOLDI, *La dottrina dei cinque sensi spirititali in san Bonaventura*, Pont. Athenaeum Antonianum, Roma 1999.

⁸ GREGORIO MAGNO, *Omellie sui vangeli*, II, XXVII 4, Ed. Città Nuova, vol. 2, Roma 1994, 350.

⁹ GREGORIO MAGNO, *Commento morale a Giobbe* 2,II; X, 13, Ed. Città Nuova, vol. 1-2, Roma 1994,144.

¹⁰ ORIGENE, *In Canticum canticorum* II: PG 13,142.

De modo especial la vida virginal y monástica anhelan un conocimiento del Señor que alcanza la mística e intimísima comunión de vida con Él. Evragio, el eremita teólogo, escribía así a una virgen, en el desierto de las «Celle» en Egipto:

«Ojos vírgenes verán al Señor, oídos de virgen oirán sus palabras.
Boca de vírgenes besará su esposo (cf. Ct 1, 2),
olfato de vírgenes correrá tras el aroma de su perfume (Ct 1, 4).
Manos vírgenes acariciará el Señor
y la castidad de la carne será bien aceptada.
El alma virgen será coronada
y vivirá por siempre con su esposo.»¹¹

Es el mismo *odor unguentorum* (aroma de sus perfumes) que hace correr a santa Clara la mística fuga de amor hacia el Esposo celeste:

«Suspirado con el deseo y el amor ardientes de tu corazón, proclama: ¡Llévame en pos de ti, correremos tras el olor de tus perfumes (Cf. Ct 1, 3), esposo celestial!» (4 CtaCl 30).

El alma anhela a Dios corriendo tras el perfume de sus delicias. Es este aroma del amor de Cristo el que Francisco percibe en la Palabra traída por el Espíritu, haciéndolo cautivo.

«Vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma» (Ef 5, 2).

La acción reveladora del Espíritu permite extraer la vida de Cristo del misterio profundo del conocimiento y del amor humano. ¿No es esta, tal vez, la obra del Espíritu de verdad, prometida por Jesús en la última cena: «El me dará gloria, porque recibía de lo mío y os lo anunciará a vosotros»? (Jn 16,14).

Francisco, en su Admonición 1, nos explica que en el misterio de la humanidad de Cristo, así como en el misterio de la Eucaristía, es posible una doble visión.¹² Se puede observar sólo con los ojos del cuerpo y ver sólo la

¹¹ EVRAGIO PONTICO, «*Esortazione a una vergine*», 55, in *Per conoscere lui*, a cura di P. Bettolo... 138.

¹² Cf. C. VAIANI, *Vedere e credere. L'esperienza cristiana di Francesco di Assisi*, Ed. Glossa, Milano 2000.

materia. Pero desde la fe se puede contemplar con los ojos del Espíritu y acceder a la participación de la vida de Dios. Los ojos del alma, animados por el Espíritu por medio de la fe, ven la realidad de Dios y la experimentan, en una dimensión profunda que los ojos del cuerpo no alcanzan ni siquiera a percibir. Como veremos mejor en seguida, Francisco contempla con los ojos del Espíritu no sólo la Eucaristía, sino también la Escritura, para aprovechar la vida divina que palpita en su interior.

Quede claro: de esta sugerencia no deriva en absoluto que se pueda encontrar en Francisco una reflexionada y sistemática doctrina de los sentidos espirituales. Por ello queda excluida. No obstante, parece aflorar una sensibilidad, un estilo de vida espiritual y contemplativa, la consonancia con una tradición mística. Francisco se une así con tantos otros cristianos que, en la historia de la Iglesia, han vivido en modo global y personal su misma experiencia de fe. La lectura de la Palabra como Espíritu y vida puede entenderse sólo en el interior de este dinamismo experiencial de Dios, en el cual el Espíritu realiza, con la Palabra y el Sacramento, la íntima unión del Amante v el amado.

3. CONCEBIR LA PALABRA: LAS RAÍCES DE LA IGLESIA

Recibir la Palabra en la fe significa entonces acoger en si la vida divina que se hace carne e historia de salvación. La *Carta a todos los Fieles* revela cómo el anuncio de la Palabra está dotado de una profundidad eclesial y de encarnación:

«Esta Palabra del Padre, tan digna, tan santa y gloriosa, fue anunciada por el mismo altísimo Padre desde el cielo, por medio del santo ángel Gabriel [y vino], al seno de la santa y gloriosa Virgen María, en el que recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad.»

El Verbo, en efecto, fue anunciado en el «seno» de María; la Palabra se ha hecho carne y por lo tanto tiene una dimensión eminentemente personal. Encontrar la Palabra es encontrarse delante de Cristo, que siendo rico, quiso escoger por nosotros la pobreza (cf. 2CtaF 5). El hecho se realiza en la historia. Cristo recibe la carne en el seno de Maria. Por esto la Madre de Dios es «Virgen hecha Iglesia» (SalVM 1), porque es imagen primordial de la Iglesia que hace resonar en si, dándole historia y eficacia, al Verbo de Dios. Del seno de la

Iglesia la Palabra continúa resonando en la raíz abismal del corazón de todo hombre.

Para Francisco la lectura de la Palabra es el acontecimiento interior de la Anunciación y de la Encarnación. Como María conservaba, meditando en el corazón, las palabras y los hechos del Hijo (Cf. Lc 2,19.51), así también Francisco hace de toda su existencia una continua meditación y adoración del Verbo hecho carne. El acontecimiento de la Palabra permanece siempre para Francisco profundamente radicado en su dimensión eclesial. De la Iglesia, Francisco recibe la Palabra y de la Iglesia recibe luz para interpretarla. No existe en él esa oposición polémica entre Evangelio y Magisterio de la Iglesia, que destruyó, por el contrario, la historia y la consciencia de tantos movimientos evangélicos y pauperísticos medievales.

Algunos estudiosos se han esforzado, incluso violentando las fuentes, en pintar un Francisco impaciente y reacio en relación con la Iglesia. Pero, en realidad, la lealtad y la sumisión fiel a la Iglesia romana acompañaron toda su aventura cristiana. El episodio de la Porciúncula, como nos es narrado por Tomás de Celano, nos muestra un joven Francisco que pide a un sacerdote que le explique el relato evangélico de la *missio apostolorum*, que constituirá, después, el corazón de su misión eclesial:

«Pero, cierto día se leía en esta iglesia el evangelio que narra cómo el Señor había enviado a sus discípulos a predicar, presente allí el santo de Dios, no comprendió perfectamente las palabras evangélicas; terminada la misa, pidió humildemente al sacerdote que le explicase el evangelio. Como el sacerdote le fuese explicando todo ordenadamente, al oír Francisco que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar para el camino alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón; ni tener calzado, ni dos túnicas, sino predicar el reino de Dios y la penitencia, al instante, saltando de gozo, lleno del Espíritu del Señor, exclamó: "Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica"» (1 Cel 22).

El hecho de llamar al sacerdote para hacer que le explique la Escritura no demuestra sólo que Francisco no practicaba la «libre interpretación» de la Escritura, como se hacía entre algunos grupos heterodoxos. Lo que se subraya es sobre todo su convicción de la emergente eclesialidad de la Palabra, que es dada a la Iglesia y que en ella crece, por medio de la fe y de la comunión de los creyentes. Suponer mezquinas intenciones de política clerical por parte de

Tomás de Celano no me parece necesario. De hecho, Francisco ha conservado en toda su vida, hasta en su Testamento, la fidelidad a la Palabra que la obtenía a través de los normales canales pastorales de la Iglesia:

«Debemos también honrar y venerar a todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas palabras divinas, como a quienes nos administran espíritu y vida» (Test 13).

La comprensión de la palabra del Evangelio queda así inserta en la vida de la Iglesia, en el cumplimiento de la obra del Espíritu, para que los hombres crean, y creyendo, tengan la vida en el nombre de Cristo (cf. Jn 20,31).

4. GRABAR A CRISTO EN EL CORAZON

La Palabra de Dios posee un dinamismo. Continúa operando en la vida de los creyentes. Es eficaz y produce fruto inagotable, como enseña el profeta Isaías (cf. Is 55, 10). Germina y fructifica, como la semilla evangélica (cf. Mc 4,27). Es una alianza escrita en el corazón (Jr 31, 33); así pues su comprensión crece con la meditación devota de quien la acoge. Como el dedo de Dios en el monte Sinaí (cf. Es 31, 18) había escrito la Vieja Ley sobre tablas de piedra, también ahora el Espíritu - *digitus Dei*- escribe a Cristo en el corazón de los creyentes.

Francisco trabaja incesantemente sobre la Palabra acogida, meditándola sin cesar, hasta asimilarla en lo profundo de su ser. Según Tomás de Celano Francisco tenía un modo de leer que le proporcionaba una comprensión altísima de la Escritura:

«Pues nunca fue oyente sordo del Evangelio sino que, confiando a su feliz memoria cuanto oía, procuraba cumplirlo a la letra sin tardanza» (1 Cel 22).

«Aunque este hombre bienaventurado no había hecho estudios científicos, con todo, aprendiendo de Dios la sabiduría que viene de lo alto e ilustrado con las iluminaciones de la luz eterna, poseía un sentido no vulgar de las Escrituras. Efectivamente, su ingenio, limpio de toda mancha, penetraba hasta lo escondido de los misterios, y su afecto de amante entraba donde la ciencia de los maestros no llegaba a entrar. Leía a las veces en los libros sagrados, y lo que confiaba una vez al alma le quedaba grabado de manera indeleble en el corazón. La memoria suplía a los libros; que no en vano lo que una vez captaba el oído, el amor lo rumiaba con devoción

incesante. Decía que le resultaba fructuoso este método de aprender y de leer y no el de divagar entre un millar de tratados. Para él era filósofo de veras el que no anteponía nada al deseo de la vida eterna. Y aseguraba que quien, en el estudio de la Escritura, busca con humildad, sin presumir, llegará fácilmente del conocimiento de sí al conocimiento de Dios» (2 Cel 102).

Aprender de memoria la Escritura implica un dinamismo de interiorización visceral, por el que la Palabra cala no sólo en los espacios racionales y libres, sino también en los abismos del dinamismo psíquico involuntario. Francisco «leía y grababa en el corazón», es decir, en la memoria del alma. En la memoria se enraízan el conocimiento y el amor. Sabemos aquello que recordamos. Podemos amar sólo aquello que recordamos. La memoria ofrece incesantemente al intelecto y a la voluntad el objeto sobre el cual ejercitarse.

La Biblia misma se funda sobre la estructura del memorial, que actualiza los hechos salvíficos del pasado en un presente profético.¹³ Guardar en la memoria un objeto permite poderlo meditar y saborear continuamente. Quien no conoce de memoria un texto no puede leerlo si no tiene el libro a disposición. Quien lo conoce de memoria puede continuamente reclamarlo a su espíritu y gustarlo. Las palabras de la Biblia aprendidas de memoria pueden incluso insertarse en la gestación del nuevo pensamiento, influenciándolo y enriqueciéndolo. La memoria bíblica no presta sólo un vocabulario al pensamiento emergente, sino que lo asume en el interior de un sistema coherente de conceptos y le ofrece un horizonte de significados. Por eso ya los antiguos monjes del desierto y después todos los religiosos aprendían el Salterio de memoria. Y, por otro lado, hasta tiempos recientes los novicios debían aprender de memoria la Regla, para repetirla antes de la profesión.

¿Cómo se graba en el corazón? Con la repetición, evidentemente, que procede de la meditación y de la plegaria. Esta convicción nace del examen de los Escritos de Francisco, que aparecen como verdaderos y propios mosaicos escriturísticos. No es muy cómodo estudiar las citas bíblicas en los Escritos de Francisco, justamente por el hecho de que él no cita copiando un texto exacto, sino que entiende simplemente sus escritos como «eco de la palabras de Dios».¹⁴

¹³ Cf. E. RAINOLDI, *La « Lectio divina » di Francesco d'Assisi*, Ist. Storico dei Cappuccini, Roma 2000, 153-164.

¹⁴ Cf. C. PAOLAZZI, *Lettura degli scritti di Francesco d'Assisi*, Ed. O.R., Milano 1987, 21-30.

No escribe para saciar ambiciones culturales, sino solamente para ofrecer una prolongación de su experiencia de plegaria.

A veces, casi parece que Francisco se limita a repetir sin comentarios la palabra del Evangelio¹⁵ intercalándola con sus reflexiones personales. Otras veces engarza manojos de citas, como en el capítulo XXII de la Regla no bulada. Aquí los textos de Mateo, Lucas, Juan y Pedro se entrelazan y superponen, al hilo de una intuición interior urgente, haciendo transparentar la densidad y la urgencia del mensaje a comunicar. Otras veces la memoria bíblica es más sosegada y reflexionada. Basta pensar en el Oficio de la Pasión, en el que Francisco recorta y cose como un mosaico las palabras de los Salmos, para componer una oración que es restitución amorosa y meditada de la Palabra recibida y que representa su personal participación en el misterio de la Pasión de Cristo. Así también la inspiración de las Alabanzas al Dios Altísimo parece surgir de una larga y prolongada meditación sobre palabras de la Liturgia que, largamente saboreadas y repetidas, explotan finalmente en una incontenible letanía de alabanza.

Francisco cita de memoria, transcribe con libertad, uno los versículos bíblicos según procedimientos asociativos muy libres. Su mente, que medita y repite incesantemente la Palabra, lo hace finalmente explotar en un incontenible sobresalto de elocuencia *ex abundantia cordis*. La palabra bíblica en los Escritos de Francisco no es jamás literalmente «copiada», sino es siempre el extracto de su oración. Es la Palabra la que lo ha atravesado, enfocando o trabajando su plegaria.

5. VER A DIOS CORPORALMENTE: UNA PALABRA QUE NUTRE EL AMOR

En el itinerario de fe de Francisco, la Escritura no se convierte en vana erudición, sino oración y experiencia de amor. Se llega a la «ciencia de Dios» cuando el afecto del amante medita con devoción aquello que la memoria guarda y la humildad escruta la Palabra sostenida por el deseo de la vida eterna (cf. 2 Cel 102). La inteligencia penetra el misterio a través de la potencia del amor y de la humildad.

¹⁵ 15 Cf. W. VIVIANI, *L'emeneneutica di Francesco d'Assisi. Indagine alla luce di GV 13-17 nei suoi scritti*, Ed. Antonianum, Roma 1983, 406-8.

Esta poderosa experiencia espiritual quizás ha sufrido un progresivo proceso de olvido en la obra de cuantos, en el curso de la historia, han devaluado el papel de la Escritura en la espiritualidad franciscana. Se ha hablado, en muchos ambientes religiosos, y en modo aproximado, de «oración afectiva» o de «devociones franciscanas» hasta caer en el más insípido devocionismo.

En realidad podemos encontrar en el itinerario bíblico de Francisco, una atenta lectura de la Palabra, una devota y perseverante meditación, la memorización interiorizante, el diálogo orante y apasionado con un Dios siempre sorprendente. Culmen de esta ascensión es la total orientación de la persona hacia Dios, la unión contemplativa en perfecta fusión de conocimiento y de amor. «Tener la mente y el corazón vueltos al Señor» (Rnb XXII, 19) permite, en fin, ejecutar a la letra la Palabra escuchada (Cf. 1 Cel 22). La ejecución de la Palabra verifica su comprensión: haber entendido la Palabra quiere decir ponerla en práctica. El fruto de todo encuentro auténtico con Dios es hacer su voluntad, orientando a Él todo el amor, pensamiento, deseo e intención, «en servicio de tu amor y no de otra cosa» (ParPN 5).

El motor de arranque del camino espiritual de Francisco es el Evangelio, no «las devociones». Se trata de un itinerario que, a partir del texto de la Escritura, anima y dirige toda la vida del creyente, afirmando el primado del amor. Debemos subrayar que es posible una relación de amor con la Palabra porque Francisco no se encuentra ante un texto para interpretar sino ante el Cuerpo de Cristo:

«Estemos atentos todos los clérigos, al gran pecado e ignorancia en que incurren algunos respecto al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo y sus sacratísimos nombres y palabras escritas, que consagran su cuerpo. Sabemos que no puede existir el cuerpo, si previamente no ha sido consagrado por la palabra (cf. 1 Tim 4, 5). Y nada tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del Altísimo mismo sino el cuerpo y la sangre, los nombres y las palabras, por los que hemos sido hechos y redimidos, pasando de la muerte a la vida» (CtaCle 1-3).

En la Carta a los Clérigos Francisco estigmatiza el «gran pecado e ignorancia» de algunos que no reconocen y no veneran el gran misterio de la presencia de Cristo en el Sacramento y en la Palabra. No pienso que en este texto «las palabras por los que hemos sido hechos y redimidos, pasando de la muerte a la vida» se puedan referir simplemente a las sacras colocadas sobre el

altar, sobre las cuales estaban escritas las palabras de la consagración. Me parece limitado. Pienso que Francisco quiere decir que «podemos ver corporalmente a Dios en este mundo» sólo en el sacramento de la Eucaristía y en la Palabra de Dios. Y la visibilidad experiencial de Dios sacude la capacidad afectiva y pone en movimiento todos los procesos del amor.

El Vaticano II en la *Dei Verbum* establece un audaz parangón entre la veneración de la Escritura y la de la Eucaristía:

«La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo; pues sobre todo en la Sagrada Liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (DV 21).

En efecto Francisco, cuando por causa de su enfermedad no podía participar en la Eucaristía, se hacía leer el Evangelio del día. Así lo testimonia el hermano León, en la nota trazada por él en el breviario de san Francisco, en el momento de transmitirlo a las Pobres Damas de San Damián, para que lo conservaran por siempre. Y refiere el motivo presentado por Francisco para justificar su comportamiento:

«"Cuando no oigo misa, adoro el cuerpo de Cristo con los ojos de la mente en la oración, como lo adoro cuando lo veo en la misa." Y, una vez oído o leído el evangelio, el bienaventurado Francisco besaba siempre el evangelio con grandísima reverencia hacia el Señor.»¹⁶

La doble mesa supone la conexión entre las dos modalidades fundamentales, Sacramento y Palabra, a través de las cuales nos es dado acercarnos al misterio de Dios. En ambas el protagonista es el Espíritu, que obra la presencia salvífica del Señor resucitado.

6. LA HERMENEUTICA «SEGÚN EL ESPIRITU»: CIENCIA Y RESTITUCION

«Dice el Apóstol: La letra mata, pero el espíritu da vida. La letra mata a aquellos que únicamente desean saber las solas palabras, para ser tenidos por más sabios que los demás y poder adquirir grandes riquezas que legar a sus consanguíneos y amigos. La letra mata también a aquellos religiosos que no quieren seguir el espíritu

¹⁶ Cf. A. BARTOLI LANGELI, *Gli autografi di frate Francesco e di frate Leone*, Corpus Christianorum, Autographa Medii Aevi V, Brepols Publishers, Turnhout 2000, 83.

de las divinas letras, sino que sólo desean saber las palabras e interpretarlas a los demás. Y son vivificados por el espíritu de las divinas letras aquellos que no atribuyen al propio yo toda la letra que saben y desean saber, sino que con la palabra y el ejemplo la restituyen al altísimo Señor Dios, de quien es todo bien» (Adm 7).

La interpretación de esta admonición es central para la comprensión de la lectura franciscana de la Palabra de Dios. Algunos han interpretado este famoso texto tomando una opción de Francisco a favor de una lectura que privilegiase el «sentido espiritual», en reacción al recurso excesivo al «sentido literal» o «histórico».

Para los antiguos monjes en efecto la *lectio divina* tenía sobre todo finalidad de subida espiritual, miraba al encuentro interior con Dios. Apuntaba a la unión de amor y a la contemplación y estaba alimentada por el deseo de gozar de los bienes celestiales. En el curso del siglo XII en cambio, a pesar de la sustancial continuidad con la exégesis patristica, despuntaban ya algunos elementos de novedad. Los «maestros» y los «escolásticos» veían la *lectio* orientada más bien hacia la *quaestio* y la *disputatio*. La búsqueda del sentido literal orientaba hacia el ejercicio de la razón y de la dialéctica. Grandes monjes, como Ruperto de Deutz y san Bernardo habían luchado tenazmente contra la entrada de la dialéctica en la Sacra Doctrina, provocado por hombres como el maestro Abelardo, en el cual veían el peligro de una racionalización de la fe.¹⁷

¿Es la admonición de Francisco un eco de esta polémica contra el racionalismo y la dialéctica de las escuelas? No me parece propio que el texto quiera expresar esta contradicción. Francisco no podía sugerir, y de hecho no lo propone nunca en sus escritos, una exégesis según el sentido espiritual, así como ésta era practicada por los Padres o por los maestros de la teología monástica. No se arriesga nunca en sutiles interpretaciones alegóricas como Orígenes o Guillermo de Sant Thierry. Su formación cultural lo tenía a igual distancia de la exégesis alegórica como del procedimiento dialéctico.

Francisco quiere simplemente una interpretación que recoja la intención del Espíritu Santo, autor de la Escritura, y que lleve al hombre a reconocer a Dios como la fuente de toda ciencia y por lo tanto a restituirle, con la propia

¹⁷ G. BETORI, «L'esegesi nel XII secolo», in AA.VV., *Parola di Dio e Francesco di Assisi*, Ricerche teologiche a cura dell'Istituto teologico di Assisi, 1, Ed. Cittadella, Assisi 1982, 11-41.

vida, todos los bienes recibidos. Como hace notar el P. Paolazzi «desde esta perspectiva todos los "sentidos", o niveles de significado, pueden ser del mismo modo portadores de muerte y portadores de vida».¹⁸ La verdadera ciencia debe conducir al cumplimiento de la voluntad de Dios, en la coherencia de los comportamientos, ¡no a la adquisición de riquezas que legar a sus consanguíneos y amigos! (Una alusión tan dura hace barruntar oscuros panoramas sobre el nivel moral y religioso de cuantos, entonces, se dedicaban a los estudios eclesiásticos.)

La Escritura, según esta admonición, va entendida «según el Espíritu» en una acepción típicamente paulina: «Efectivamente, los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz» (Rm 8, 5-6). Francisco contrapone una lectura «carnal» de la Escritura que produce la muerte, a una lectura «según el Espíritu» que genera la vida y la paz.

«Para Francisco la palabra de Dios es vida, pero lo es por medio del Espíritu. Sin el Espíritu ésta es la palabra muerta, estéril, una palabra incapaz de generarnos la vida y de ponernos en comunión con el Padre y el Hijo.»¹⁹

La *Dei Verbum* en el n. 12 establece un fundamental criterio hermenéutico cuando afirma que «la Sagrada Escritura debe ser leída e interpretada con la ayuda del mismo Espíritu (*eodem Spiritu*) mediante el cual ha sido escrita». No se trata sólo de una ayuda externa, sino de una moción interior y de una connatural sinergia. La Palabra de Dios se lee en el Espíritu, según la intención del Espíritu, con la luz y la fuerza del Espíritu. El lector crece con la lectura, en la medida en la que el texto interpela e interactúa en su vida. Están fuera de la lectura aquellos que buscan sólo una comprensión intelectual de la Escritura, para buscar honores y sabiduría humana efímera. Esta lectura está muerta porque no conduce al Altísimo Dios, sino a la bajísima vanidad humana.

7. UNA PALABRA QUE TRANSFORMA: LLEGAR A SER EVANGELIO

«Quien es de Dios escucha las palabras de Dios» (CtaO 34) recuerda Francisco a los hermanos; y una frecuencia tan asidua y profunda de la Palabra de Dios obró profundamente en su vida, transformándola y plasmándola. Tomás

¹⁸ C. PAOLAZZI, *Lettura degli scritti...*, 21.

¹⁹ W. VIVIANI, *L'ermeneutica...*, 376.

de Celano describe la meta alcanzada por Francisco al término de su peregrinación por el mundo como predicador de la Palabra en términos un poco enfáticos pero ciertamente eficaces:

«A lo largo de dieciocho años ya cumplidos, rara vez, por no decir nunca, había dado descanso a su carne, recorriendo varias y muy dilatadas regiones con el fin de que aquel espíritu devoto, aquel espíritu ferviente que la habitaba, esparciera por doquier la semilla de la palabra de Dios. Difundía el Evangelio por toda la tierra [...] edificando a los oyentes no menos con su ejemplo que con su palabra, pues había convertido en lengua todo su cuerpo» (1 Cel 97).

¡Francisco «había convertido en lengua todo su cuerpo», que anunciaba la palabra del Evangelio! Todo en él transmitía la Palabra. Su cuerpo marcado por las vicisitudes apostólicas se había transformado en una encarnación de la Palabra anunciada. Él mismo se había convertido en un Evangelio vivo para la gente. La vida según el Evangelio consiste en seguir la doctrina y las huellas de Cristo (Rnb 1, 1) hasta la cima de la identificación descrita por san Pablo: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2, 20).

Es una vida habitada, una existencia transformada en morada de la Santa Trinidad (cf. Rnb XXII, 27). Es el cumplimiento del proyecto de vida de los Hermanos Menores, que quieren seguir las huellas de Cristo para alcanzar, purificados, iluminados e inflamados por el Espíritu, en la comunión eterna con el Padre (cf. CtaO 50-52). La palabra humana, para quien ha alcanzado esta unión, es sólo el vehículo, la vasija de barro que contiene, en sacramental pobreza, la Palabra de Dios. La palabra humana está de tal manera identificada con la de Dios que llega a quedar preñada de la misma potencia salvífica.

Y finalmente el hermano Francisco, el más pequeño de los siervos, con el insolente candor de quien no habla en nombre propio, puede rogar que sus palabras sean leídas, aprendidas de memoria y puestas en práctica con amor... pues ya, eco terreno de la Palabra eterna, se han convertido en espíritu y vida:

«Yo, el hermano Francisco, vuestro menor siervo, os ruego y suplico [...] que os sintáis obligados a acoger, poner por obra y observar con humildad y caridad éstas y las demás palabras de nuestro Señor Jesucristo (2CtaF 87).

»Y los que no saben leer, hagánselas leer con frecuencia. Y téngalas consigo hasta el fin, con obras santas, porque son espíritu y vida» (1CtaF 20-21).

Traducción: Fernando Hueso, OFM